

# La peor noche de los contrabandistas

*El juez Garzón dirigió la mayor redada contra la droga en las rías gallegas*

JORDI BORDAS / EDUARDO MARTÍN DE POZUELO

Los policías no estaban preparados para aquello. Les habían dicho que tenían que actuar en Sevilla en una operación anti-ETA y todo el mundo había preparado su equipaje pensando en las altas temperaturas de la noche andaluza. Y ahora, a primeras horas de la madrugada del martes 12 de junio, estaban pasando frío. Ni estaban en Sevilla, ni existía operación anti-ETA alguna. Se encontraban en Galicia para detener a los principales responsables del contrabando en las rías bajas. Fue entonces cuando lo entendieron todo. Nadie les había adelantado nada para evitar filtraciones. El silencio y una actuación rápida eran fundamentales para el desenlace final.

Muy pocas horas antes de que los agentes entraran en acción, el titular del juzgado central número 5 de la Audiencia Nacional, Baltasar Garzón; el teniente fiscal antidroga, Javier Zaragoza, y los comisarios de policía, Pedro Rodríguez Nicolás y Alberto García Parras subían en el DC-9 de Iberia que cubría el trayecto entre Madrid y Santiago de Compostela. Ni uno solo de los pasajeros de aquel vuelo, el 484, percibió nada extraño.

Los "ilustres" pasajeros actuaron con toda discreción. Cada uno se sentó en las butacas adjudicadas por el personal de tierra de Iberia, alejadas entre sí precisamente para pasar desapercibidos. Ellos conocían la importancia de lo que se traían entre manos y los motivos que tenían para ser discretos: volaban a Galicia porque acababa de empezar la operación Nécora, la gran redada contra los principales dirigentes de las organizaciones contrabandistas que operan allí. Minutos antes de emprender el vuelo, les fue confirmada a los comisarios la llegada a Galicia de los 350 agentes enviados expresamente desde Madrid para llevar a cabo la operación. A diferencia de los pasajeros de Iberia, los enviados especiales habían volado horas antes en aviones militares.

## Acción sorpresa

Una vez en el aeropuerto de Santiago de Compostela y como hizo el resto del pasaje, Garzón, Zaragoza, Rodríguez Nicolás y García Parras se dirigieron discretamente a dos coches que les esperaban y abandonaron el lugar. Los vehículos no se distinguían de los demás automóviles que habían acudido a la terminal aérea para buscar a la mayoría de los pasajeros del vuelo de Madrid. Pero, en realidad, eran dos coches de camuflaje de la policía, cuyos conductores tenían órdenes de llevar a los visitantes al hotel Compostela, de Santiago. Como precaución adicional, los vehículos circularon distanciados uno del otro, de forma que llegaron al hotel por separado. Una vez más, se trataba de que nadie detectara qué estaba pasando.

Poco después, el juez, el fiscal antidroga y los dos policías se dirigieron a un restaurante donde se reunieron en un reservado con diversas autoridades para ultimar detalles. Alrededor de una cena compuesta por mariscos y pescados, sin vino, repasaron el plan. Ya de madrugada, regresaron al hotel. El descanso fue mínimo, menos de tres horas.

Cerca de las cuatro de la madrugada del martes 12, los enviados especiales entraban en la comisaría de Santiago que había sido elegida como centro de operaciones. Cuando se iba a dar la luz verde, varios detalles de pequeña relevancia retrasaron el inicio del despliegue policial. A más de uno se le pusieron los nervios en el estómago, pero solventados los trámites, los efectivos se pusieron en marcha. Había que actuar antes de que el alba rompiera la noche, antes de que la sorpresa perdiera su eficacia. No era fácil. A esas horas no es normal que cien coches circulen por la carretera de Santiago a Villagarcía de Arosa. Sin



Vecinos de Villagarcía de Arosa increpan a los detenidos en la operación Nécora

## El exilio del arrepentido

■ "¿Cuánto tiempo serán capaces de vivir así?", se pregunta una cuñada de Ricardo Portabales Rodríguez, el narcotraficante arrepentido. Un día después de la gran redada, Portabales, su esposa Ana y los cuatro hijos del matrimonio abandonaban la localidad pontevedresa de Marín, fuertemente protegidos por agentes de policía.

La cuñada de Portabales, que prefiere mantener su identidad en el anonimato, sabe muy bien que sus parientes no volverán a llevar una vida normal. Y lo lamenta: "Yo creo que Ricardo no lo pensó cuando hizo su confesión". Tampoco cree que las autoridades procedieran adecuadamente al revelar la personalidad del arrepentido "sabiendo que de ese modo vivirá siempre con la muerte en los talones".

Nadie apuesta en Marín porque Portabales pueda volver a vivir sin sobresaltos. Su delatora huida hacia delante le ha servido para salir de la cárcel, pero le ha

colocado en la boca del lobo precisamente cuando algunos medios temen que el acoso policial a contrabandistas y traficantes de droga empuje a éstos hacia la violencia. Conscientes de esta situación, los familiares de Ricardo Portabales rehúyen el contacto con los periodistas. Los vecinos, que conocen las amenazas de que están siendo objeto los Portabales, adoptan idéntica actitud y lamentan la desgracia de la familia, a la que definen como "gente buena, humilde y trabajadora".

Pero pobre. Hace cinco años, Ricardo Portabales pensó, tras desempeñar oficios como vigilante y chabolero, que el contrabando le proporcionaría dinero y bienestar. Lo primero lo consiguió, después de entrar en contacto con Ramiro Sancho Casas, hoy encarcelado tras la gran redada. Pero el bienestar no llegó. Primero fue la prisión, de la que salió gracias a su confesión. Ahora es el miedo. X. MARTÍNEZ RENOVALES



Planeadoras como éstas, incautadas hace tres años, se utilizan en el contrabando

embargo, este detalle no rompió la discreción con que se había actuado hasta entonces.

Pasadas las seis de la mañana, la caravana está a las puertas de Villagarcía. La dispersión de los efectivos es automática. El equipo que tiene como misión detener a Laureano Oubiña —considerado como uno de los "peces gordos" del contrabando en las rías bajas— llega en veinte minutos al pazo Bayón, una gran construcción situada en la ladera de una colina que recuerda perfectamente a la mansión de la teleserie "Falcon Crest". La puerta del pazo está cerrada y nadie atiende a las llamadas. Casi simultáneamente, un helicóptero viene en su ayuda. Aterrizza a escasa distancia de la casa y varios agentes irrumpen en la vivienda. Oubiña no está allí. Parece que su detención se esfuma, pero no va a ser así. Otro equipo, al que se le ha asignado la vivienda del presunto contrabandista en O Laxe, logra detenerlo.

Después de llamar a la puerta, Laureano sale a su encuentro en pijama. Casi sin mediar palabra, un policía le muestra la orden de registro y de detención. Laureano insiste en su protesta. "Soy un simple administrador. Yo no he hecho nada. Ustedes se equivocan..." Los inspectores no le dan opción. "Vístase y acompáñenos". Minutos después, Laureano Oubiña entraba en uno de los coches de la policía. De inmediato, se avisa a la central. "Ya tenemos a Oubiña." La noticia da confianza a los responsables de la operación.

Mientras unos agentes se dirigen a Villagarcía de Arosa con el detenido, los del pazo Bayón se quedan en la finca para inspeccionarla. La requisa da resultado: doce cajas de vino Albariño servían de tapadera para esconder un buen número de documentos.

Antes de que el coche celular en el que va Oubiña llegue a Villagarcía, es capturado Delmiro Paz Castro, un pequeño jefe. Más tarde, Marcial Dorado, que vive en la isla de Arosa, es apresado en su casa. A pesar de que desde su mansión se domina prácticamente el largo puente que une la isla con el continente, nadie le ha podido avisar a tiempo. La lista va creciendo: Daniel Carballo, Manuel Charlín, Narciso Fernández, los hermanos Longa Vidal... hasta un total de 16.

Cuando la redada todavía no ha llegado a conocimiento público, dos grupos de policías se han puesto en marcha en Madrid. Uno de